

Amnesia (Prescripción de un accidente)

Omar Descotte



Image not found.

Capítulo 1

En ese momento lo vi alejarse y me convertí en distancia. Lo único que escuchaba era el sonido de los vidrios rotos, cubiertos de terciopelo negro y un arrastrar pausado, profundo. El aire quemado en la nariz y el aliento que hace doler el costado con cada respiración, un olor viciado como el que desprende el combustible quemado por última vez. Entonces, antes y después del vacío, en la oscuridad de la calle, sospechas de los amigos y hay celos, pero diferentes, miedo, si, hay miedo, aunque no pueda verte ahí dormida en el asiento del auto como tantas otras veces, porque ya no es asiento, es un arrebato de fierros y cristal en el asfalto. Hay sangre por todos lados y un silencio de muerte, como de llanto y de nervios, y veloces suplicas al tiempo o a el Dios invisible que ahora si lo quieres para ti. Ahí en ese vacío de muerte preguntas porqué, cuando estás atrás o abajo y has caminado y es sufrir y ver llover en invierno cuando se es niño y no puedes salir. Pero estoy lejos, en un callejón donde la oscuridad lo consume todo. Y es difícil, si, ver el recorrido de regreso o estar parado al final del camino, con la muerte alejándose por la callecita oscura después de haberle dado un pedazo de tu vida en lo que salió de una cajita negra para que no te la quitara y seguir viviendo pero para qué si ya no podré tocarte los labios. Uno se hace esa pregunta aun cuando está a salvo, una y otra vez sin esperar una respuesta, a diario, uno se hace a la idea de que no hay tal pregunta o tal respuesta como metodo de respuesta, y no la hay realmente porque ¿para qué después de todo?, si tú estás detrás como una razón de agua clara en la oscuridad, inconsciente con tu luz, en ese irse tan cotidiano que esta vez no me pareció menos. Yo sé que vos no eres hombre y que la intuición te lleva por otros lados. Pero a mí no. En este caso me lleva lejos y me pierde ahí, en soledad embriagante. Me pierde tanto, que yo la pregunta te la hacía llegar por otros medios como el correo a distancia o la compañía de otros. Y siempre estaba cerca. Pero nunca pude darte respuestas, solo preguntas. Tan parecido al teatro, tan sacado de los libretos que te gustaba leer en las noches de cuartos de hotel, cerveza y sabanas medio limpias, noches en que no decíamos nada. Siempre fallidamente llegar y hablar de amor. Preguntas sin respuesta. Llegar al silencio. Al final solo practicar diálogos circunspectos, tan ajenos que parecían de una película con guión de L. Guevara. Y al olvido, siempre con la siguiente resaca. La siguiente mañana. El siguiente dentífrico por el inodoro.

Un momento.

Ya no sé ni cómo continuar, ha pasado poco tiempo, pero es difícil, tal vez lo haga por el comienzo (a esto que parece una carta de reproches y un sacar el veneno dulce, pero que nada está más lejos de eso, amor), tú por el final que tanto te gusta darle vueltas y retroceder, después podrás culparme.

* * *

Será que las cosas se acomodan por sí mismas o son las coincidencias.

Pedir el mismo café, a la misma hora y en el mismo lugar, llegar a conocerse. Fumar la misma marca de cigarrillos o caminar la misma calle con la misma sutileza, fugarse de los mismos puentes y ocultarse en los mismos libros, odiar los mismos sonetos y comer lo mismo, llegar a conocerse. Una comedia. Ya lo creo. Empero, empieza vos, que debes llegar temprano cuando despiertes: —*Sabías ya que Martha había llegado al hotel, bajo la sabana, jugando con mi hastío de ti y riendo, y aún así fuiste con esa testaruda cara de hombre que tanto me molesta, sabes que no me gusta que me mires así con esos ojitos de lobo tibio. Me incita a hacerte cosas, a matarte y hundirte sabe que tantas cosas en el pecho. La oculté ahí, no porque quisiera ocultarla, y no tuviste tiempo o no quisiste verla tampoco. Martha, cuando pudo ser cualquiera, sabes de mil razones porqué bajo la sabana. Y sabes por qué pudo ser cualquiera, tú sabes más que yo de esto. Tú fuiste simple, como tantas veces hice yo en las escaleras y pasillos del club, pero no te equivoques. Te lanzaste a mis brazos, destrozado, sin palabras, solo besos en el cuello y los oídos ahora húmedos. La cajita negra y lo que había dentro. Pero la cara de hombre siempre bajo mis parpados, si tan solo hubieses nacido mujer y yo hombre o fuéramos simétricos, pero no tú hombre...*”.

Y te decía y me decías que ella te amaba más que yo o tal vez no lo dijiste y yo lo supuse, pero si sabía que te amaba, que mi cara de hombre y que mis cejas, que mis cejas que como te gustaban no eran suficientes. Si tan solo Martha tuviera mis cejas, pero aun así la amabas locamente. *¿Qué alguien me explique por qué pasan estas interrupciones?* Dije que tú el final, pero me desespera que me lo echas en cara y tengo que callarte y seguir yo. Hablabas tú, continúa: —*El rechazo evidente, áspero desde lo más profundo de mis huesos, de que te sirve lanzarte a mis brazos, vos eres mi amigo (de nuevo tengo que hacerlo, callarte pero de lejos... quedo hacerlo notar solamente y dejarte continuar, porque duele) y para este punto estábamos mal, amigos pero mal, yo nunca te dije nada que pudieras confundir. Por qué tomarme entonces, por qué guardarme en ese corazón tan tuyo, tan desdichado. Por qué creer que los abrazos y ese morderte el lóbulo del oído tan normal, por qué ibas a creer que amor*”.

Podría responderte y hablarte de porqués, desde aquí, un lugar que no conozco y que me canta la soledad a compás de jazz y drumbeats, acordes de Faratelli con la voz de Nina Cardellini, con un olor a tabaco cubano enmohecido y una mezcla de ginebra con roble, alguien la ha derramado en el piso de madera, pero adelante, no hay razones para explicar lo inexplicable, o poco menos intentarlo.

Vayamos al inicio, que me es indispensable y a partir de vos que fue que empezó mi vida. Tuviste la oportunidad y ya esbozaste la situación que necesitaba sacar de mi mente para poder comenzar a escribir esto y dejarlo por ahí en un escritorio vacío del club o un cubo del metro, o para limpiar la ginebra del piso. Poder utilizarte ahora siempre que quiera que me hables, si no para retroceder, para avanzar, siempre desde el final. Pero yo el inicio, déjalo, lo prefiero, más efímero y melancólico. Tal vez esto no te ayude a recordar. Al fin de algo habrá de servir, es un buen piso.

Y debería hablarte de Jon, tal vez no lo entendía en su momento pero hubo algo que marco el inicio de correr a otro ritmo, y de otro tiempo, otra época, transmigración o simple armonía. Ese no sé cómo que encadenó cinco. Almas purgantes. No se buscan culpables, detonador quizá, situaciones colaterales otro tanto, como la mariposa y esa teoría que discuten en las galerías de todo el mundo, y envidia de cerca y de lejos, un poco, de él en principio, si, te lo juro. Ese discutir cuadros y creer saber de arte, sus palabras bonitas y su poesía, salir a la lluvia y zapatos enlodados, pisarte las puntas con sus puntas y los labios con tus labios, tomar café después de su amor, calentito. Llegó a ser un amigo, no te lo dije, intercambio de cartas y noches de melancolía y café alcohólico con galletitas de pasta cerca de la Plaza de los Muertos o en el club. Grande compañía. No como al principio, esa respetuosa cordialidad. Ese odio invocado al revocar tus acciones a través de su semblante atento y ese cabello grifo que te gustaba tanto revolver distraídamente, tal vez él lo sabía desde un inicio (profundo y diferente) y por eso se enamoró de Paula y no de ti. Pero la compañía, más que en un comienzo te hizo dudar a ti y él ya estaba perdido, loco enamorado. Y en sus cartas me empapaba de la Paula de Francia, la Paula del club, más no de la otra, la de Milán, la pintora, aunque fuesen la misma. La primera lo hacía querer volarse el muro de Berlín y matar a Hitler y a Mussolini con poesía y dejar de lado a ti y a todo el mundo por ella, —"Johan, el héroe poeta", vaya sueño, dejar de lado incluso el club, imperdonable. Estúpido lo que se hace por amor. Algunas veces me contagiaba. O al menos me lo parecía algunas veces. Quería creerlo y lo necesitaba. Algo adentro, como si la felicidad instantánea, esa que es tan descrita y misteriosa en el *Gaia de Moliere y Barrón* o en algo más etéreo como en *Las Vicisitudes de Giorgio Márquez* pero que nunca se comprende hasta que se le sale a uno desde dentro, me invadiera los huecos. Ya empapados de ella, hacer lo que él y ser tú mí Paula de los parques y la academia, estúpidos soñadores; (aquí una de tantas cartas, pero con sus palabras que ahora no recuerdo menos): *"No me haré cargo de nada en adelante, viejo, me dejo llevar y no me puedo mover, cambiar ahora galerías por amor de una noche, se parece a lo de antes. No tengo derecho a decirle que vuelva —o a retenerla a la fuerza— por donde se fue o a seguirla, y decirle que el contacto no fue lo que me hizo enamorarme como ella piensa, sabes tú de estas cosas, el cuerpo es un medio de otros tipos de amor pero no un fin del nuestro, tú lo sabes, y no se puede retroceder, y ella lo comprende pero se enamora de otros y son el tipo de cosas que no quiero ver, y tú a mí con ella, no, no querías verme con Marie, eso lo sé, pero que hago, viejo. Recuerdas las noches de café en las afueras del Babilón, seguirla de cerca y nosotros esperando... verla sola o del brazo de algún schwindler, terminemos ya y vallamos a Le Rue Maplè, salgamos de las malditas apariencias de unos pobres diablos enamorados que ya no sienten nada. Unas barbas y el blazer de lana que le sacaba estornudo, viejo, como en los viejos tiempos... libros y teorías de Prandelli, Rock & Blues y dormir en el club de la Calle Draco".* Y sí, era la calle y los malecones, donde volverse invisible parecía lógico, allí donde la

banqueta te flanquea de artistas de poca monta y *clochards*, dónde te envuelve la atmosfera boliviana de *Chico Buarke* o un Paris de otro tiempo, de humo y amor a todas horas. De un renacimiento romántico contemporáneo en sus primeras horas. Ser invisible en la concurrencia y la monotonía de esta ciudad joven, de apartamentos enrevesados y empleos de nueve a cinco con descansos en domingo para ir a la iglesia o a la zona comercial con sombreros de copa y plumas, *disparaître la bourgeoisie*. Pero nunca los parques o la academia. Ahí donde ibas por obligación y no por ganas, donde Jon entendía en un principio (en su error de siempre, como la poesía) que para enamorarte debía hacerte sentir diferente y borrarse su cara de hombre con palabras y arreglos, pero no, él no tiene mi cejas, y también es cierto que se dio cuenta a tiempo, que tu amor es diferente, pero en fin amor y que está bien aunque tú y yo lo llamemos de otra forma. Y Paula fue otra cosa, siempre tan llena de arte o que por lo menos lo intentaba, yendo tan lejos por unos cuantos cuadros feos, con ese mal gusto que la caracteriza y su amabilidad disfrazada. Pero ahí muy cerca, con su humedad cálida y su sonrisa blanquecita, llegó a sacarlo de su ensimismamiento tan tuyo, con su hablar francés, y su *Antoine* para todo. Ella que lo enamoraba cuando le era tan tierna y dulce y le hablaba así o con esa efervescencia perversa de vez en cuando. Ahora es diferente, te lo ha dicho, o lo supongo, cuando fue a verte al cuarto veintitres. Ahora se ahoga en el alcohol en la calle Draco leyendo a *Julio Prandelli* o a *Pablo Neruda*, un café tras otro y el destilado o la ginebra, como antes pero diferente, sin sentido, sin rumbo. Tan *Borges*. Desde que se fue Paula no es el mismo, sin el propósito de esas primeras sesiones del club. Todo se nos vino abajo. A veces atina esperarme para hablar de ti de madrugada, mas no de Paula, de ella nunca, y para joder a Román por puro gusto. Como siempre.

Y recuerdas acaso (no, claro que no lo recuerdas) la primera vez que te llevó a la galería y que preferías fumar, pero el guardia, siempre los guardias, nos recuerdo huyendo, y este que Jon conocía de sabe dónde y que no te dejaba fumar a gusto, el "*No chiquilina, en la galería no, en especial en esta que es tan inflamable con tanto lienzo carísimo —no lo entendías—, hágalo afuera*", tan típico que fue costumbre, salir al aire que golpeaba la cara con su fuerza de enero, y las manos temblorosas, quitarse los guantes para bajar al bolsillo, no extrañar la galería y resoplar el frío humo blanco en un suspiro por haber salido, pero olvidar el fuego en el bolsillo segundo de Jon que seguro le daba vueltas entre los dedos dentro de la gabardina, perdido en conversaciones de pintura o poesía que tanto le gustan y que a ti no, no, tú eres más de cine y teatro o la música, una profundidad que pocos entienden y que te hacen darte importancia, eso lo sé de siempre, y él que ni se daba cuenta, pensaba que tú fumando afuera y ni se acordaba de ti, siempre más importantes las conversaciones, las palabras, las ideas. Mientras tanto yo pasando con la cabeza gacha, ensimismado, con el cigarrillo en la boca sin usar las manos que siempre tan frías buscan espacios dentro del saco donde calentarse, un brotar de la nada y tomarme de frente apretándome por encima de los codos sin conocerme, sentirnos tan bien de repente, una sonrisa y

calentarse la cara con la brasa lenta y cercana que se consume a ritmo de una conversación insondable. Hablar de nada y de todo. En ratos, un silencio necesario. Ese que dice tanto. Mirarse las caras de soslayo sin el afán de reconocer la belleza subjetiva. Permanecer tan cerca y pensar en llegar a conocerse, pero ya sabes, ya estaba hecho desde mucho tiempo, como era en los años veinte o en un jardín de niños mutuo en el olvido y el reencuentro. Con un solo gesto reconocerse. Afuera de la Galería, con el frío y las coincidencias, a lo lejos con el río y el puente, dos calles antes de la rue *Draco* y el club. Jon llegando de pronto, y buscándome la cara, sin presentaciones que sabías de más que él odia y que a mí por mi parte me resultan incómodas, te lo diría en el club y nunca lo olvidarías. —Un amigo... le dijiste, sin saber mi nombre y esa tarde los tres en una sala de cine viendo una película rusa sin subtítulos. Dejarse llevar por la compañía, y más fuego y tabaco, imágenes en blanco y negro, el telón tinto de lejos, entendiendo más de lo que parecía. Olvidando el tiempo que pasa y que culpa, invitarse a pasar la víspera, de la nada. Al final los planes en mitad de la noche, tantos por hacer pero nunca hacerlos, no, no esa noche. Solo la compañía, el frío y una ramita que cruje a cada paso. Quedar en verse de nuevo y un par de espaldas oscurecidas a la vez que pequeñas, desapareciendo en la oscuridad de la calle mía. Subir al departamento, que después sería tan tuyo, tan nuestro, pero ahora tan mío y no dormir por tanto café o por tus ojos verdes, quien lo sabe ahora. Tal vez una disparidad y tú tan perdida dentro del sueño ése que nadie te quita. A esa hora, yo tan insomnio y tú tan otra cosa.

Claro que después vendrían las idas al club y los improvisados encuentros, en una ciudad que peca por ser tan buena para mover los callejones y propiciarlos. Y ya que estamos siguiendo una línea que parece de agua y que a veces se desborda pero que se siente tan fácil de seguir y perderse mas y mas, en más que un simple manuscrito delator, allá arriba donde las ideas surgen y le dan más representatividad a estas palabras... continuemos. (Fin capítulo 1)

Capítulo 2

Y si mal no recuerdo Jon era en aquellos días tan solo un juego para ti que consistía en quitarle la bola de estambre de palabras para tejerte un suéter de acuarela y verso, tirar y tirar del pequeño hilito y no sabes. Un no estar sola en absoluto porque podrías perderte y eso como te daba miedo, un no querer desaparecer del todo y aferrarte a su desenfado y después al nuestro, tu y yo ocultos en nuestra compensación. Un no pensar en ti, con todo ese daño que hace abrir caminos sin regreso en nuestra mente llena de soledad. Por eso el obstáculo de las palabras. Él buscando siempre salirse de la frialdad que parecía envolverlo como al homo sapiens al que su padre lleva por primera vez a conocer el hielo y que a la larga sería (ya que ha logrado justo lo contrario, ahora, avalancha) su coraza mas fuerte e interesante y que le ha traído innumerables aventuras, tan pintorescas, cada una más que la anterior, pero salirse de allí nunca. envuelto en modales rollizos y disparatados. Así de ello hablaremos después o tal vez nunca, que si bien esas historias no son importantes harán de buen intermedio y descanso a esta parlotea mía. Y me dirás que a qué viene pues tanto hablar de un comienzo en emociones ajenas, pero sirve de contraste a la siguiente puesta en escena por allá de la primera sesión del club ya sin la libanesa y que contrajo un genero más de una unión que *in crescendo* me convertiría en un enamorado desdichado tuyo. Y el nudo de los cinco que nos destruyó a todos. *Memento mori* de la soledad de Román, las huidas de Paula, la frialdad e insensibilidad de Jon, mi sentimentalismo surrealista y tú culpabilidad crónica.

Así, durante esta representación, tan comedia y tan otra cosa, juguemos un poco con la realidad del momento, intercalando (nótese) con una situación pintoresca de Jon la cual llamaba *Adiós, Milán* (y como olvidar su pronunciación irónica del título justo antes de enarbolarse con su sarcasmo e indiferencia y su desarrollo, pero lo conoces —a Jon— de sobra y tal vez esta historia no sea algo nuevo para ti), un pequeño juego para tú satisfacción, un descanso a esta conversación que es tango de a poco. Busca pues seguirle el paso sin perderte. Bailemos.

Situación: —Calle Draco, club de..., cinco miembros, tercera sesión desde mi institución (intrusión), ya sin la libanesa... "Román y el desafío de sus tres hermanos, sus compras en el Congo"

—Tenés un pequeño problema al no saber si eran o no hermanos tuyos y que nos deja pues, un desafío que se sale, viejo.

—Suponiendo que te pareces un poco y ahora que nos muestras tres fotografías, donde este de aquí. No, el de en medio...

"Imagínate un discurso quijotesco, una pronunciación teatral y el suspenso..."

Que era lo que ella me veía, si soy un pobre poeta que no encuentra la

palabra fina, el verso siniestro, la motivación de la luna en ojos ajenos, entonces que era lo que ella esperaba de mis versos, de mi boca, o por qué los ansiaba, besos o versos, con la ansiedad que rige a un enfermo borgiano, o a un pintor renacentista frente a su lienzo en blanco y —oh, tiene nuevos instrumentos, ha pagado tanto por unos lienzos finos, colores en Venecia, y pinceles en Persia, pero no puede al fin, llenarlos... —hoy lo sé... amigo mío, ella quería mi amor, viejo, sí, mi amor.

—Acércate —le dijo Román a Paula.

—...parece más una laminita que sacaste de cualquier cartera, o de un basurero, Antoine querido. Y Jon tiene razón. Buscar y más que nada adivinar, me parece irascible y usurero. Tú que te dices tan Prandelli, piensas muy en la superficie.

Ni yo sabía que lo tenía. Y como era posible que llegara de a poco a ser la única que me los compraba, ya te digo, la única que los reproducía, traducía e interpretaba, era una editora inconfundible y de dotes lingüísticos burgueses, pero editora de cariños, editora solo para los amigos. Andrea de Reviere, rubia, hermosa e inteligente. Ella me los publicaba, viejo. Sin pensarlo dos veces.

—Deja tú, viejo. Si tan solo usamos la suposición podrás cambiar cualquier intento, y si que los habrá acertados, mi camarada aquí a la derecha lo haría en un parpadeo y a ti solo te bastaría el mínimo esfuerzo pensar en otro y llevarnos hacia donde tu conveniencia te disponga. Llenando de errores esta cómoda habitación más que de otra cosa y dónde ponemos la desdicha, viejo, si esa no se sale.

—Así este jueguito que has propuesto sería infinito en su duración y no hablemos de ganadores, errando y acertando sólo dentro de esa cabecita tan tuya, dándote tanta importancia y lo lamento, Antoine bebé, pero no la tenés.

—Un pequeño frasco con un veneno de cobra, un sombrero de paja blanco, y la barba postiza del Sultán Al-Bha-Ye del siglo VIII... ¿eran de menos tus hermanos, de alguna forma?, obviando la imposibilidad biológica, pues sería una estupidez, hermano. —Las palabras me salieron como escupidas, por primera vez en toda la noche, mientras Paula me miraba con una carita cómplice y yo seguía en el cómodo rincón agazapado.

Pero llegarían así alguna vez algunos de esos versos sin rima y de los pocos que me gustaban a publicarse en Milán (lugar de nacimiento de Andy, perdón Andrea (manotea y con mano en pecho se disculpa), y donde su casa editorial en la esquina de Perón y Ortiga los publicaría), y que para sorpresa de varios escépticos como you and me, viejo, compraría sin conocer el pseudónimo de ese pequeño libro poemario, Paula. Y se enamoraría una vez mas de mis palabras, de las palabras de un poeta invisible, de un pseudónimo que saqué de Ulises, años, te lo digo viejo, años antes de que se largara a Italia y dejara el club, y por supuesto a mí con este vacío.

—Fue pues la soberbia y la búsqueda egocentrista, la más relacionada con la creación de tu pequeña treta, que bien la desarrollan sociólogos y psicoanalistas en sus teorías anacrónicas, viejo. Y tú la buscas con tanta

pega que pareces una de esas mujeres de la *Rue Golden*. Y digamos que ahora debemos pensar en las cosas más exóticas para complacer su ausencia y por supuesto a tu laberinto.

Román miraba sorprendido.

—Me sorprende que no las conozcas.

Los había escrito para ella. Poemas Paulistas. Pero nunca para su lectura, su de ella.

—Pues no, y si he dicho que eran mis hermanos, porqué habría de mentir.

—Tres palabras, viejo. Tienes tres madres, pero ningún a la vez. En Italia le llamáis de otra forma.

—Dejémonos de cuentos, que a Román no le encontraríamos ni pies ni cabeza aunque devoráramos todo el Poetiquillo. Él cree tener varias, eso sí.

—¿En verdad creen que esas teorías podría aplicárseme? ¿A mí...? un viejo lobo de mar que sabe más de Geografía que Milito, y que ha experimentado placeres alrededor del mundo más que esta mina Antonina caza tesoros en galerías basura. Fundamentadas en lo que esté fundamentadas, mi hermano mexicano, intruso y cadencioso, no podría usted ni aprehenderle un solo cabello a la otra mina que se pasea por aquí sin saber nada de lo que hablamos usted y yo o el buen Jon, más del número mínimo de veces aceptable de inteligencia, mucho menos a esas teorías de unos desesperados hombres de "ciencia". Y tú Jon, oh viejo amigo... tu desesperación por impresionar a la mina Antonina, te ciega en verdad, ¿por qué te complicas para hacerte el interesante? ¿Por qué joder, brother? Basta voltear las fotografías para revelar las respuestas.

Algunos poemas sobrevivieron a nuestro pasado y algunos de ellos fueron entonces a dar al lugar de su origen, siendo ella mi principal inspiración.

—¿Por cierto donde se encuentra, ella? —preguntó Jon por ti, sin el más mínimo atisbo de importancia a las palabras salpicadas y sangrantes de Román. Indiferente como solo él.

Ahora me pregunto, sí así se rigen las coincidencias, qué nos deparará, viejo, el futuro de nuestras acciones presentes. —Dejémoslo...

—Saldría a fumar, estoy segura, Antoine bebé.

...incierto, un poco.

Paula le acariciaba poco a poco la nuca a Jon y seguía mirando solo a él como durante lo que iba de la noche, solo volteando a ver las fotografías de vez en vez o mirando a Román, como mirando a Roma, a los ojos. Mientras yo seguía bajo el efecto de un estupor y no había mencionado nada más desde mi rincón. Mi café se consumía lentamente, despidiendo el calor que poco a poco se volvía tibio. Jon se alejó de Paula y tomó las tres fotografías, de izquierda a derecha las miro por un rato y dijo: Un rostro moreno y con barba desprovista de orden, ojos pequeños y una frente ancha. Un Faquir. Un rostro de perfil con una nariz grande afilada y una boina inglesa, ojos grandes, aguileños. Un pianista inglés. Un rostro con rasgos toscos, y marcado por algún tipo de clima frío, algunos moretes, más bien neandertal. Un esquimal.

Volteó las pequeñas fotografías y en las tres había escritos los regalos que

trataban como objetivo de la pequeña pesquisa propuesta de Román, siendo los tres que hubiera mencionado yo en alguna parte de la conversación.

—Aquí pues deberán preguntarse, que es peor, no haber pensado en un candado argumentativo tan físico como anotar los nombres de los objetos detrás y dejar de lado su absurda teoría de la suposición de no parentesco que nada viene al caso y la de esos psico... ó que este molesto latino se haya tomado la molestia de responder acertadamente.

Paula y Jon no respondieron, por algunos segundos se miraron extrañados y en silencio para después soltar una carcajada ladina y estridente. En ese instante el semblante de Román se había vuelto el de un faraón torpe a punto de mandar al destierro a sus mejores hombres de guerra a cambio de un capricho.

—Vamos, viejo, no creerás que lo hacíamos por molestarte, ve y busca a Marie y preparen mas café, la ginebra esta sobre los libros de Dashikto pero no te vayas a ir de boca, viejo. Ni ahora que mi buen amigo enamorado del rincón parece con humor, nos vaya a explicar protocolarmente las teorías de los... cómo los llamas... hombres de "ciencia", del cual conoció a algunos de sus hijos. Y que no podemos, ahora que salido a relucir el tema, dejarlo de lado. Como sabes muy bien, reglas del club, viejo.

Habíamos aparecido esa vez de diferentes lugares. Tú habías conquistado por ese tiempo a un joven de la escuela de cine y antes de que toda esta comedia de Román tuviera lugar, la habían pasado en un rincón de la *Rue del CineForo* entre jardineras y banquetas, lanzando ideas para su próximo cortometraje sobre los latinos y su ideología pasiva y renuente. Tú le ayudabas, con la toma y las luces que a él se le escapaban entre los dedos. Pero lo hacías por la aventura y te era indiferente realmente tanto el individuo como su significado argumentativo discriminativo. Yo por mi parte había hecho notas junto a Jon en *La Buena Aventura* acerca de Dashikto y habíamos llegado al club los primeros, comprando ginebra y una obra del mencionado autor. Así que no te había visto hasta el momento en que el enamorado Román (solo de ti, por supuesto, sépase, aun cuando se las da siempre de un sentido general del amor, no ocultaba su deseo de convertirte en su... como hubiera dicho él, bambina viajera, musa de formas, arquitectura andante) fue a buscarte. Lucias un atuendo tan extraño (Gabardina, boina y licras negras, con unos pequeños zapatitos rojos) que pensaba en la cara que habías puesto, cuando, seguramente, el niño cineasta, hubiera pagado con sus *Daddy Dollars* tu atuendo (Ha! Ya lo ves, el impresionismo yanqui) y él sin saber que tu amor era un tema más profundo que sus ataques a mis camaradas en sus ridículas mini películas de corte amarillista. Pero él, como era una constante, tampoco lo entendía. Acompañada por Román que no con poco disgusto había salido del club, bajado tres pisos, saludado a la portera y seguido el humo de los mismos cigarrillos que llevaba yo en el bolsillo pero un poco menos húmedos, te hubiera encontrado ahí sentada, esperara a que se terminara el último y volviera a subir. Y sin duda se

molestó al ver que te arrinconabas conmigo después de haber preparado el café en la pequeña estufa eléctrica del club. A mí en cambio me lo parecías de lo más hermosa esa noche a pesar del atuendo a lo inglés, con ese cabello que nunca estaba quieto, tu boca torcida hacía la izquierda o derecha al hablar y esa mirada suspicaz que hacía las veces de luz en la oscuridad del cuarto donde tenía lugar el club entre velas verdes llameantes.

Jon insistía en que mi juventud en Turquía me habría instado a entender un poco más sobre las teorías y sobre todo el hecho de haber conocido a sus hijos (lo cual es falso). Así empezó la inventiva acerca de los pensamientos de —soberbia social de las masas, auto presunción de los grupos sociales— y de los problemas que ocupaban la mente de los jóvenes interesados en política en toda la Euro en aquellos días (jóvenes que eran en su mayoría estudiantes e intelectuales del arte, soñadores, que viven del cine y los cuartos de amigos, con poco entendimiento del modernismo) y su ideología comunista. Por mi parte me era interesante pero no confiaba del todo en su idealismo basado en supresión de la diversidad de pensamiento y su relación con una autoestima de corte (con el fin de lograr una auto percepción maquinalmente —imposible— igual en todos los miembros del extracto social, se requeriría de mayor énfasis en una Fisiología o Psicología, Teología, Psicohistoria, etc., conocimientos que no consistían en ellos una rama vasta de su conocimiento) suprimiendo así la expresión y por lo mismo la esencia del arte o lo que subjetivamente suelo suponer como mi percepción del arte, pero eso es otro tema. Aun así hay algo en ello, que no deja de ser cierto. Y es que eso, destruye.

Y yo sé que para ti era difícil entender las conversaciones y discursos, lo digo sin saña, no como Román en el comentario que hizo durante nuestra conversación y su juego de niños. Te aburrías, siempre lo hacías. No te debías, claro, al idealismo. Y no trataré de continuar con esa sesión del club hasta límites que rocen el tecnicismo. Justo después de que te tiraras en el suelo sobre mí y mi rincón en un gesto sospechoso. Solo para darte una visión general de lo que trataban estas. Pero basta pues no tomar las conversaciones tan en serio y mi explicación será bastante más básica. Con un gesto de sospecha y tal vez conocimiento de causa de la manera en que yo te observaba bailar sutilmente de un lado a otro por el cuarto en cada sesión yendo de mi rincón hacia los brazos de Jon a revolverle el cabello y luego ir al sofá con Paula o tal vez conversar egoístamente con Román, con todo ello en la mente, Jon se dirigió al grupo sirviendo la segunda ronda de café y luego hacía mi para pedirme con su lacónico viejo que comenzará a hablar. Y lo hice.

—Yo sé que tú, hermano, no tienes problema en estas teorías, pues las conoces de sobra, y no es que me preocupe el caballero que cree que las manchas, figuras o formas de pensamiento de un intelectual se adquieren con el conocimiento científico (derivado de *visitare*, de método) de lugares arcaicos y placitas o como diría el término contemporáneo, *underground places*, que se encuentra presente; por su parte Paula es de un humanismo un tanto remodernizado por ella misma, ya no digo de Sartre pero sí un poco de Beauvoir, mientras que Marie, es ajena a cualquier

ideología y no por falta de inteligencia, sino de ese desinterés tan romántico. Además, de que en ella sus acciones demuestran más un intento profundo de cambio que cualquiera de los presentes en este club de desalmados chimpancés, con ese mecerse por la vida sin complicaciones y esos detalles que hacen a cualquiera volverse de adentro hacia afuera en su presencia.

A esas alturas no sé si lo que más molestaba a Román era que lo haya atacado de tantos frentes o simplemente que me arrinconara contigo, hablara de ti o bebiéramos en la misma taza de café como un beso sofisma cálido y desdeñoso sin tocarnos los labios, beso que se posaba con un par de patitas, con caricias que le hacías a los pelitos de mi oreja o con todo el cuerpo rejunto y el sorbo de café de boca a boca.

A nadie parecía importarles nunca lo que pasaba en el club realmente, pero todos alguna vez nos preguntábamos si era o no importante evitar algunas situaciones cuando la sesión se hacía teniendo a Román entre los miembros. Pero eso también es otra historia y un chiste de revista, en tal caso. Continué pues sin que me importaran (mas por ti que por mí, de ser posible) los ojos que ponía al vernos. Que si tal vez él supiera lo que hoy sé, en aquel momento hubiera reído de nosotros y de mí en particular, en una risotada que acabaría en golpes y comida de hospital.

Pero no hicimos un preámbulo sin importancia y fui a una pequeña anécdota para explicar la autocomprobación y duplicación de las teorías que tuvieron que ver precisamente con Román. Debido a la incordia que se presentó y que por política debíamos mencionar de cualquier forma aquello que lo representara así en el club... Hablé...

Sinfonía de tiempos muertos, parloteo y tesis vocal...

musica fantástica, fantasmas mágicos,

breves justificaciones... teorías.

Hice una pausa y bebí un sorbo último de la taza esperando que se llenara sola y no tuvieras que levantarte de mi costado. La atmosfera se volvía, condescendiente e irónica, a punto de soltar carcajadas encerradas en los pechos, más no Román que ya estaba azul, ya morado.

Continué y señalé un libro el cual estaba a un lado de Jon, llamado *Mi Padre me habló de igualdad pero también de otras cosas*, publicado póstumamente en 1902 y traducido por Artemisa Gómez, y como eso se comenzaba a poner de un tinte bastante tedioso y la cara de mi hermano Román parecía no soportar mi voz de gato negro es lo mas que les pude contar sobre el tema que ha relucido esta noche entre un juego que parecía probarse a sí mismo de muchas formas y que no terminaba más que en una broma intelectual lúcida.

—Bravo, viejo. Pero no tenias que ser tan cruel e imaginativo. —Bromeó Jon.

—¿Esa es su tremenda explicación de la aplicación de esa teoría a mis acciones?, vaya hombre, si ni dijo usted nada. Y solo se la pasó

desvariando.

—El libro no se va a leer solo. Y la noche es joven, hermano.

Paula y tú, un poco hartas de la forma en cómo solíamos pasar las noches discutiendo en el club con Román, ya se encontraban hablando quizás de otras cosas, cuando mencionaste la música, eso pareció mejorar un poco el ambiente osco, revolviste los cajones y sacaste uno de los discos que había traído él recientemente. Habíamos dejado el café y los cinco nos encontrábamos más concentrados ahora en el alcohol y los cigarrillos, mientras los acordes suaves de un jazz se llevaban el tiempo a otra parte. Nueva Orleans, y algodón en las manos suaves de un saxo salvaje. La suave melodía de Olivia Porter, tenía un efecto demente y detonante al combinarlo con la fuerza del café y el alcohol. En mi mente los pequeños fragmentos de ideas comenzaban a dar vueltas y agitarse en un espacio extraño del cerebro justo encima de las orbitas, mientras las situaciones que se daban parecían tan cotidianas como les era posible y eran tan parejitas y constantes, que de estar hechas de esas pequeñas líneas del electrocardio mostrarían a un corazón sin latidos.

De un momento a otro desapareciste en lo que me pareció menos de un segundo pero que seguramente fue bastante tiempo y solo me di cuenta cuando comenzaste a hablar egoístamente con Román. Aburrida seguramente de mis ojos cerrados y manos torpes que nunca se atrevían a nada. Las palabras y parloteo me llegaban como ondas perdidas en el espacio como dijo alguien alguna vez por no saber, yo no sé nada de estrellas en el espacio, a una distancia de dos metros desde mi rincón hasta el sofá donde antes Román ocupaba el gran espacio pero que ahora se había llenado con tu presencia. Como si quisiera en realidad pasar por enterado de su cometido, no por celos, sino por esa idea que rondaba en mi mente acerca de las intenciones del italiano de llevarte lejos, pude abrir la puerta a las palabras que en más de una ocasión me esforzaba por cerrar el paso. Así cuatro veces al unísono (cinco contando el *Something in my heart told me, I must have you...* de Olivia), conformaban un remolino de ideas ensombrecido fugazmente en la mitad de la nada. En un intento por aprovechar el momento congelado en el tiempo miré a Jon y a Román cayendo a pedazos crueles y divertidos, mientras Paula y tú se volvían prácticas y desalmadas. Román que ahora había ocultado el libro de Artemisa detrás del sofá, seguramente aburrido de argumentos tan descriptivos de la situación y con intención de llevárselo para buscar contradicciones, se concentró en ti. Tal vez pienses que parte de esa noche quedó sumergida en una especie de olvido mas allá de todo lo demás, gracias al efecto que imperaba en el club, más, sin embargo, arriba hablé también del encadenamiento de los cinco y el canto lingüístico y frialdad que envolvió a Jon en esa atmosfera nubosa, pues esa es la noche que más recuerdo y a partir de la cual todo esto sucedió, explicando mi inconsistencia al momento de escribir esto o inventar la historia de las Teorías. Pensando ahora que de lo que hablo no es más que un sentir oculto detrás de todo y solo mi percepción subjetiva de los hechos o tal vez el último anhelo de algo que no tiene ni pies ni cabeza. Sin embargo, en lo subsecuente se quedó

pegado a mis reflexiones y esas percepciones detrás de un nombre, un rostro o un recuerdo, formaron parte de una realidad personal mas allá tal vez de lo que sucedió realmente esa noche. Como un hecho inexpugable e infinitamente menor de sus consecuencias. O culpando la marcha de la libanesa y su posible efecto Jonbar entre nosotros.

Sin saber si eran susurros o gritos lo que me golpeaba los oídos. Sin saber si eran o no realidades más allá de lo que yo creía verdadero, sin saber lo que intentaba detener con la mano en la cabeza que seguía dando vueltas...

Entre susurros y gritos.

—Una vuelta en Barcelona que quizá por su arquitectura podría sorprender a una mirada tan desacostumbrada a este tipo de cosas, quiero decir catedrales y monumentos góticos, ¿no le parecerían bien, bambina Marie? No me precisa esfuerzo, explicar los detalles, créame.

—¿Y por qué crees eso, Román? Si no hay lugar a dudas de que lo que yo viví allá por mis años de pequeña le parece la razón de una ignorancia arquitectónica, siempre mal vista, o artística, por no decir intelectual. No te disculpes.

—Eso no es exactamente...

—Lo es, Román, Lo es.

—La suerte no lo desmerita, Paula mi amor. Tú sabes qué... y cómo y dónde, no es necesario jugar a perseguirle la cuerda a un nudo suelto.

—No hay manera de que yo saliera en otro plan que el de puro misticismo, claro en tu presencia, Román ¿Piensa acaso, secuestrarme?

—Tú no lo entiendes, pero podemos hablarlo, con menos de un espía en la habitación, y ya veremos. Mira a Román, Antoine bebé, como no le quita los ojos a Marie pero de seguro quiere saber por qué tan poco amor entre tú y yo, Jon.

—Pareces alegre de que ellos estén aquí, y por qué te importa eso de igual manera. Ya no sé si es pedir hablarlo a solas tu gran idea para evitar hablarlo en absoluto. Y agradeces seguro tener algo con que evitarlo, te gusta acaso o siempre usas a mi amigo del rincón para estos fines. Me harás despreciarlo.

—Tú sabe bambina que no hay razón para que me crea un presuntuoso simplón, que de mi no queda expresar mi disposición a viajar con usted y a causarle la mejor de las experiencias... el dinero no es problema, como bien sabe.

—¿Eso es lo que piensas, yo en el rincón como Marie y con él? Qué dirás ahora, buscaras culparlos por no saber acercarte a mí o por creer que no lo haces, que todos en este cuarto saben menos tú, que mío Antoine querido, eres mi único amor, de palabras bonitas y verso, y Marie, debería hablar de ella, mírala como se define. ¿Eh, te sigue gustando?

—A qué te referís, Paula. Déjalo ya. Si quieres puedes gritarlo, ¿y qué más da? si de ella no salía amor para mí y tú lo sabes bien, ya no sé si lo haces por consuelo o algo mas, y si no es así que se entere de a poco, que vos y yo...

—Yo soy más de cine, Román, y dirá que le aburre al igual que le aburre el teatro, podríamos pasar la noche hablando de su intento fallido aquella

vez de la representación de Sartre que le pareció, como lo dijo... un egocéntrico sentido del humor para un público sin ideas claras de la vida después de la muerte y ni que decir de sus intenciones entre los primeros actos.

—Marie ya lo sabe, no somos más que ellos dos... un salir y buscar un no sé qué.

—Claro que lo sabe, ¿pero eso qué cambia...?

—Cuénteme Bambina, quiero decir... de cuando pequeñita... no me queda claro sus suposiciones.

—No te hagas el tonto, Román.

—Ni su antipatía, bambina. Pero usted no es así con el mexicano...

—No sabes absolutamente nada, Antoine querido. Estás perdido.

Perdido. Perdido. Perdido.

Silencio de pronto. De ese que se disfrutaba raramente en el club.

De momento, la mañana asomaba poco a poco a través de las oscuras cortinas y la pequeña abertura entre los aros que la sujetaban, llenando cada vez más de luz el cuarto, como un amanecer también de ideas, todo fue claro. Paula besó de pronto a Jon y tú te deslizaste del sofá a mi rincón cuando el silencioso beso y la palabra mexicano dejaron en desventaja a Román y las voces restantes se convirtieron en la de él repitiéndose en un eco sordo, ni que decir que el round lo ganó la aflautada voz ahora de *Cardellini* y su jazz libre, *Let take us in the blue... hold me my love*, me susurraste a ritmo al oído.

Protège-moi. Protège-moi. Protège-moi, te susurré yo, al cuello.

Sumergirse después en un sueño de realidades ambiguas y complementarias de la soledad. Sentirte en mis brazos, cálida y vulnerable. Lo mismo afuera que adentro, en el sueño. Viaje a la oscuridad, como volar y caer. Debimos de haber dormido por horas después del malestar del alcohol y la cabeza que nos daba vueltas.

Despertar. Mañana insomne.

—La sesión ha terminado, llena la ficha, viejo, a costa de la Libanesa... tú funcionarás como...— Jon se desencaramó de Paula que seguía dormida en el sofá, acomodó suavemente su cabeza y encendió un cigarrillo mientras abría las cortinas y la luz nos cegaba, aún arrinconados, como viejos gatos amantes durante los viajes en tren usuales. Pero sin amor. Como esas veces. Estas. Todas.

Nos unimos a Jon para fumar. Román se había ido seguramente a primera hora y coincidimos en ir a comer al café de *Le Courier* en la calle Bárcenas. Como tú también hubieras imaginado el libro se encontraría desaparecido desde esa mañana o quién sabe, tal vez nunca existió.

Capítulo 3

En lo posterior las visitas al club parecían terminar siempre de la misma manera, pero lo que se hablaba durante las sesiones era todo lo que teníamos, había momentos de súbita felicidad que terminaban en la penumbra de velas iluminando cinco sombras sobre las cortinas verdes y contigo en mis brazos, un poco ajena de mente y distante pero ahí o tal vez en algún bar de Madrid. Tantas veces y tantas sesiones.

Cuanto tiempo.

Espero que recuerdes también la noche de la acústica, aún no comprendo por qué acepte salir con Román y contigo, la sola idea parecía (y me lo sigue pareciendo) demasiado ansiosa, estúpida y débil, pero que no me quedó alternativa después de que Jon y Paula hubieran viajado a Acapulco como dos viejos amantes dejándonos en un limbo, fuera de equilibrio, en un club de tres miembros que no daba de sí. Sin embargo, tú que me conoces más que nadie, sabías lo incomodo que me resultaba la presencia tan cercana de Román y sus presuntuosas invitaciones. Mientras, yo sólo podía quedar fuera de la conversación, con mí acostumbrado silencio y mi ensimismamiento. Al menos la música sería un alivio. Pero no, la música había completado el círculo de una noche que parecía amenazante desde el inicio. Con sus sinfonías que no se salían de la normalidad y eran una tortura difícil de escuchar además de ese no sé qué que les había hecho salir a ambos en un arrebato del auditorio sin siquiera mencionarlo dejándome ahí. Sin la menor intención de seguirlos y debido a la multitud que imposibilitaba cualquier escape, cedí a tan malas interpretaciones en ambas cuestiones. Pese a que no esperaba mucho y quería irme. Esperé a que terminara.

Pasé la noche afuera, caminando en las oscuras calles de la ciudad y terminé fuera del club, parado junto a un receptor telefónico, mirando la ventana desde abajo. Podía verte en la oscuridad, de lejos, una silueta. La lluvia comenzó al tiempo que una segunda sombra se alzaba y te tomaba entre sus brazos, al principio pensé en Román, pero es un cobarde que nunca hubiera hecho algo por demostrarte amor de esa manera. Te conocía tanto que sabía que nunca aceptarías, palabras por amor, dinero por amor, incluso amor por amor. Después, pensé en que lo merecías y sujeté lo que traía en el bolsillo con fuerza, la pequeña cajita negra de terciopelo giró dentro entre mis dedos y recordé al fin porque cedí a la invitación. Ahora parecía ser demasiado tarde. Me di media vuelta y terminé por recorrer un callejón que nunca había visitado antes, cerca de la Rue Marsella. Entré en una tienda y una joven de aspecto despreocupado al más puro estilo colombiano, morena y con un cabello rizado y negro que me recordaba el humo del café pero cayendo hacia abajo se volvió en dirección a la puerta y sonrió. Estaba completamente empapado, zapatos encharcados y el cabello pegado a la frente. Me convencía de tantas formas que lo que había en la ventana no podías ser tú besando a alguien más, (sonaba en la tienda making love out of nothing en un leve volumen), pues la figura, la otra sombra parecía ser de

una complexión bastante fina para ser de un Román o incluso de un delgado Jon, la figura era mucho más delicada, como de mujer. Los pensamientos me abordaron intensamente y solo me concentré tratando de dejar atrás la visión en los artículos de la tienda tanto tiempo como me fue posible, sin pensar. La tienda vendía viejas maquinas de escribir y antigüedades, desde las Thompson y las Writter White, hasta las clásicas B&L, que me recordaron a Jon el día que compró la suya diciendo: "Imagina a Winston con su Better & Letter golpeando a su asesino antes de ser atacado, con la misma máquina que llevaba en su maletín, la misma que escribió "Imagine ☐ —The Peace and The Truth Behind Love ☐, asesinando a un hombre, para salvarse". Si tan solo lo hubiese...

La chica se acercó sigilosa y suavemente al ritmo de la lluvia como si bailara, y preguntó atentamente:

—¿Es usted escritor, le muestro alguna?

La miré extrañado y ella pareció notar algo en mi semblante que la hizo no menos que recapacitar y continuó hablando.

—Quiero decir, no... lo siento, está usted empapado, dónde están mis modales (rio nerviosa), le gustaría beber algo, tengo café.

—Me encantaría —dije secamente, sacándome la gabardina y lamentando la nota que me habías dado durante la Acústica y que se encontraba totalmente deshecha por el agua. Aún en este momento nunca supe que decía. Y ya no puedes ayudarme con eso.

Pasé los siguientes meses frecuentando la tienda, pero las cosas no eran de la misma forma, había momentos demasiado fáciles de apresar, como si la felicidad embargara desde afuera, saliera de ella y tratara de desaparecerme o de cambiarme la forma en cómo siempre me habían sucedido las cosas. Fue fácil enamorarse y todo en ella se sentía de alguna extraña manera reciproco. Pero acaso importaba que las conversaciones fueran tediosas y sin sentimiento, silencios largos y dolosos, vacíos sufribles. Aun así... café y compañía. Una noche de septiembre, tan oscura e infinita que todo se acomodó sin siquiera notarlo, a compás de siete o cinco, tomé la cajita negra, saqué el pequeño anillo que se encontraba en el interior y se lo mostré sin mediar palabra, esperando una cascada de emociones y un fundirse en un abrazo y besos húmedos como el día de lluvia la primera vez que la vi y un silencio diferente como los silencios contigo en el club, un silencio de futuro común que explotara.

Pero.

Me miró diferente, indiferente, indescifrable. Con sus grandes canicas de miel. Sin esperar nada parecido sonreí tímidamente poco antes de que sus palabras retumbaran en un eco infinito, un tanto cruel y me transportaran al club, a las noches de música y a las discusiones, a una zona de silenciosa comodidad en el rincón donde nunca hubiese querido salir. Y estar ahí arrinconado contigo. Tan sin palabras. Tan en sueños. Tan sin amor. Pero que se estaba tan bien así.

Con una voz y una calma increíbles, dijo:

—Sal de la tienda y no vuelvas.

Capítulo 4

Y eso cómo me recuerda a ti, cada vez... Es quizá la parte que más extrañamente me regresa a esa vida, de aquellos tiempos y eso lo relaciona todo, donde nada debía importar por que nos encontrábamos en medio de algo, en medio de una época de desenfado y de descubrimiento de nuevas formas de hacer las cosas y todo era llegar y buscarle un sentido, donde cualquier cosa merecía seguirle el paso, de alguna manera. Más no a ti, no, no después de darle vuelta a la página de forma tan drástica y romper el equilibrio más allá de nosotros dos. Quien iba a imaginar que funcionábamos como cimientos y ejes equilibrados de cinco, y que cada movimiento definía nuevos horizontes individuales o destinos futuros. Quizá tengamos la culpa después de todo, de que esto esté de esta forma, de haber roto el equilibrio que habíamos logrado al conocernos, en pocas (tus) palabras ya lo dijiste una vez: *"Hice lo que tenía que hacer, no podía esperar a que el club decidiera esconder las cosas o hacer como que no pasaba nada pero que se sentía en el ambiente y en cómo me miraban, todo cambió cuando se los contaste, y no hablarlo de frente era lo peor, no, no hablábamos de eso, pero sí de otras cosas mucho menos importantes, porque esta vez no se trataba de Dashikto o de Prandelli, no se trataba de eso, no, continuar como si nada hubiera pasado, simplemente no lo soportaba, tú me conoces. Sí Paula se fue a Milán, Román terminó en una soledad enfermiza en Praga y Jon y tú juegan cada vez más con un saber que los deja muy lejos de volver a sentir algo... Fue solo mi culpa, a mi es a quien debes culpar... y yo, bueno por mí no debes preocuparte aunque no recuerde nada después del accidente, ¿sabes que incluso no sé quién eres?... sabes que al fin y al cabo, no son más que suposiciones que me haces decir dentro de tu cabeza."*

Debería entonces mencionar que nada de escribir esto tendría sentido si los hechos no se hubieran desencajado tanto por una pequeña situación aislada y colisionado en un solo punto y tampoco tendría sentido sino esperara a que algún día tal vez con ayuda de esto lograras recordar todo. Esto va mas allá, lo sé, hay algo mas, especial o perverso. Como si ayudarte a recordar fuera la penitencia o mi auto castigo o que cargaras con la mitad de la culpa. No puedo asegurarlo. Y por aquellos tiempos en que así era amarse el sufrimiento va implícito, en un sentido apagado y un contacto desesperado, como cubrirse con desconocidos en tiempo de frio, hablar con las personas en el metro por el simple hecho de tener una boca que sangra y querer usarla ya desesperadamente, sin decir nada importante en una incomodidad dichosa, rompiendo silencios en los que siempre había creído había una seguridad. ¿Pero así, eso importa realmente, que lo recuerdes? Tal vez sería mejor un buscar conocer a alguien como aquella vez afuera de la galería, pero en los subterráneos y

los vagones que son mas para esas cosas. Porqué hay más gente.

Y en un sentir más práctico te diré que todo tuvo que pasar de esa forma, y por alguna razón al final afectó tanto. Y la razón siempre se prueba a sí misma. Te preguntará en este momento en que no recuerdas nada, en que al fin las cosas mismas se encargaron de todos nosotros, y yo cargo con la condena de no olvidar ni un detalle. Te preguntaras que fue lo que pasó. Eso que nos dejó tan opuestos, como siempre, tan asimétricos. En un mismo destino límbico, de diferente manera pero de igual progresión, sucesión y camino. Si, te preguntará que hubo en medio, por que el sentir mío, y es lo que viene en este momento, algo que irá tan alto solo para caer en un final fatídico, tal vez inconcluso o incluso eterno. Doloroso, en un principio, y después, después ir hacia atrás, ver que salió mal.

Nada. Todo. ¿Es así fácil saberlo?

Después de todo, solo queda seguir adelante.

Y como siempre yo no pedí, no busque a las cosas un sentido, una corriente hacia mí, lo dejé todo como estaba. En silencio, a lo lejos. No moví nada, no propicié nada, no cambié nada. Sin embargo, tú lo sabrías bien, un paso tras otro y así nos vamos. Sin querer. Lo quisimos sin saberlo, sin tenerlo presente, en la galería o en cualquier otro lado, hubiese dado lo mismo. Ahora es el momento en el que intentaría describirte o describir que sentí con el tiempo. No era amor, estoy seguro que el amor es otra cosa. Porqué algo así pasa solo una vez. Yo ya te conocía de antes, antes de sueños, de vicios o conductas, en si antes de conocerte, de verte o tocarte por primera vez, incluso de pensarnos, de cruzarnos en la galería, antes siquiera de que tuviéramos conciencia de las cosas o de nosotros mismos. Antes siquiera de la primera vez que dormimos juntos en la imaginación de un futuro probable. Y sin importar la forma de tus labios, o el resplandor de tus ojos, tampoco tu figura o tu manera de pensar, tu sonrisa o tu interés en las cosas. Tampoco importa ese tú tan físico, si bien de una belleza incomparable, sé que de haber sido de otra forma me hubieses parecido de esa forma igualmente. Aún en las otras formas sin que eso cambiara nada. Así toda esa combinación, de pequeñas hojas de otoño como en el lago *Kennedy*, conformaron y le dieron forma a algo parecido a un deseo que ya se esperaba. Te dieron el lugar adentro de mi mente, sin saber que se quiere o que se busca. Llenando el vacío con el que se nace, el que se quiere llenar o se intenta (tan equivocadamente), ese que no es necesario, al fin y al cabo, llenar. Y eso no es amor, es un algo que va más allá, un ser cómplice de algo que solo se conoce entre dos y que no tiene nombre. Y te diré ahora aunque ya debes saberlo, te diré que tú si lo lograste, lo hiciste, con alguien más, con ella, pero lograste llegar a ese algo. Eso sí, confundíéndolo con amor, como todos lo hacen. Ella que debe estar contigo en este momento, y tú que no sabes ni de quien se trata. Pero que sigue ahí como siempre, como bajo la sabana, como en todo. Mencionando algo tan vacío como el —Te amo— que no se cansa de repetir.

Para mí. En un principio fue fácil, solo dejarse llevar por las sensaciones, lo que el cuerpo ya está predispuesto a realizar, un estar cerca, mirarse a los ojos, rosar los labios con un suave paseo de los dedos, reconocerse con el tacto de todo el cuerpo, y llevar a un punto máximo el fin más antiguo de todos. En el silencio de un cuarto. Ser feliz. Con cuantas fuese posible. Una esencia pura y omnisciente. En cada una de las situaciones que se llegaron a dar eso era lo que parecidamente sentía con todo. Ese algo que no se explica con palabras porque no hay tantas o no se han inventado, eso nunca lo volví a sentir antes o después de ti. Entiéndeme ahora, aunque estemos lejos. Lejos, físicamente. Y mi destino haya fallado ahora tantas veces más. Y ahora que ya no necesitas explicarme nada. Pero nunca fue totalmente así, ni siquiera como lo fue en el club, para bien o para mal. Hubo días en que lo intentamos, en que los pasillos de las bibliotecas, las salas de cine vacías, o los conciertos que se volvían fuentes de inspiración de la nada, y ganas de ganarle tiempo al tiempo, con amor o lo que fuera que hacíamos o que creíamos hacer antes de que lo viera claramente como lo acabo de describir y negar, pero que nos hacía sentir tan bien. Tan cerca, tan íntimos, tan predestinados. Y vendrían despedidas y reencuentros, vendrían besos en la azotea de una torre que trajeron de New York o debajo de una sábana blanca de la habitación mía con vista a la ciudad que dormía de día y de noche caminaba de café en café para no hacer tanto el amor. Conversaciones extrañas, y algunas veces reñir por cosas sin sentido y salir corriendo en direcciones opuestas por callejones desconocidos, para terminar encontrándonos de nuevo y no hablar para no hacer daño, solo mirarnos de frente, acercarnos, reconocernos, y en verdad cómo odiábamos las palabras. Tú sin necesitarlas para decir tanto y yo con mi silencio. Enamorándonos de otra forma. Tocándonos lentamente los pómulos y el arco bajo la boca con las yemas de los dedos.

Terminemos.

Y lo supiste en su momento, esa vez de la ventana y las subsecuentes, justo entre las notas más virtuosas de los foros cuando ahí todo parecía ya desvencijarse lentamente en una sucesión de pequeños terremotos. Ahí lo descubriste, todo lo que habías buscado, lo habías encontrado en ella. Lo descubriste tan tarde que tal vez doy por hecho que no tuviste tiempo de terminar las cosas de una forma determinante conmigo. Eso o que te diera vergüenza decirme que te habías enamorado de una chica (porque así lo seguías llamando tú, enamorarse). De una chica que conociste en un café la última vez que visitamos un festival de cine en Malmö. Y realmente mantuviste el secreto por tanto tiempo que no sé mucho acerca de ella, sé que la he visto en varias películas francesas pero no más. Que también ama el cine y que como actriz es el cine que tanto amas.

Y cuando relució el tema en el club y las discusiones sobre la confianza te dieron la oportunidad de explicar las cosas, lo negamos todo. Solo intentabas protegerme tal vez, pero que ironía que nos importase el qué dirán. En fin, hablemos de la noche del accidente. Hay algo que debes saber, y es que yo conocía la verdad de mucho antes de lo que pensabas

esa noche, y que conozco porque la ocultaste bajo la sabana y sé también que creíste que no la vería, pero todo fue tan claro siempre desde la noche de la acústica. Tal vez me equivoque al pensar que llevar la cajita negra que contenía el anillo con el diamante e intentar usarla por segunda vez para persuadir una necesidad de afecto que venía arraigada de mucho tiempo atrás podría arreglar las cosas, hacerte olvidarte de ella y que al levantar la sabana ella iba a desaparecer y tú ibas a aceptar los besos en el cuello y ese morderte el lóbulo de la oreja ahora tan húmedo. Que íbamos a pasar de las inseguridades a una vida llena de futuro, a todo lo que no habíamos hablado nunca. Pero no fue así, me miraste de una forma que no necesitamos palabras una vez más para decir tanto, y mostrarme que también el silencio podía herir con una fuerza que jamás creí fuera posible. Con esa misma fuerza fue entonces que salí de la habitación del hotel, rabioso y triste, bajé las escaleras a trompicones y caí a través de varios escalones hasta el barro de la cuneta. Afuera llovía como si la naturaleza imitara la noche que estaba sucediendo. Una noche de un interregno momentáneo. Caminé sin rumbo por varias calles, entre la oscuridad y el humo de las alcantarillas abiertas, con los húmedos zapatos que no merecían el castigo del agua entrando y derritiendo la goma a cada paso. Para ese momento tú habías dejado ya a Martha en la habitación después de un compromiso cómplice, un compromiso que no se rompería a pesar de todo, después de las miradas alegres y las sonrisas honestas, después de que aceptara que salieras a buscarme para explicarme las cosas. Tomaste las llaves de su auto que te entregó de su mano y la besaste en los labios una última vez. Caminaste lentamente para evitar que la lluvia te mojara más de lo necesario y condujiste rápidamente por el asfalto mojado de la avenida, sin rumbo, esperando tal vez encontrarme caminando en la acera en cualquier momento para explicarme las cosas que no tuviste tiempo porque salí corriendo sin mirar atrás. Con la mirada perdida, el ansia de un grito, la necesidad de un último respiro. Pero yo me encontraba ya bastante lejos y no caminaba. El sujeto que me sujetaba me había cerrado el paso en un callejón desconocido que tenía un aroma fétido pero delicado, y me amenazaba con un arma que puso en mi cuello. Sentía como el cañón estaba extrañamente más cálido que la lluvia y esperaba escuchar el estallido en cualquier momento. Me amenazaba tajantemente con palabras graves y una agresividad patente pero en ese momento no sentía nada, no pensaba con claridad y que mas hubiese dado haber recibido un tiro que destrozara la carótida que alimentaba un cuerpo destrozado. Todo parecía ir mal. Más sin embargo el momento se paralizó y lo único que quería era que terminara para continuar mi camino hacia el auto que había dejado en el club y largarme de vuelta a México. Así que tome la cajita negra con el valioso anillo que no había servido para nada antes y que ahora estaba por salvarme la vida. Lo tomé entre los dedos y se lo entregué sacándolo de la cajita ceremoniosamente con dos dedos, lo que pareció una declaración de amor indiferente. Lo miró por un momento y después caminó por la parte opuesta del oscuro callejón. En ese momento lo vi alejarse, caminando lentamente y desapareciendo en la oscuridad de la noche llevándose el

anillo. Y en la distancia los cristales rotos en el asfalto, el asiento destrozado de un auto, y una mujer que conducía a gran velocidad se había estrellado contra un muro en la calle Draco...